

# Estos son Pasos que se pierden en la Noche

Ignacio ahora estaba solo. Dió unos pasos por el cuarto, arrastrando lentamente los pies, para sentir más intencionalmente que vivía. Y a cada pisada, apretaba fuerte el pie contra el suelo, mientras sus ojos se dirigían rectamente hacia las puntas de sus zapatos, mirando su rítmico alzarse y descender, con una prolija y exagerada atención, como si quisiera calcular con exactitud la extensión de cada paso. Se detuvo frente a una esquina de la mesa y miro las cuatro paredes del cuarto, girando lentamente el cuerpo y la cabeza, en sentidos inversos, con un doble y simultáneo movimiento. La luz caía sobre las paredes, y con esa luz, le pareció opaco y cruel el empapelado blanco con florecillas rojas y azules. Y el rectángulo oscuro de la ventana abierta a la noche vasta y lejana, le pareció en discorancia con el cuarto cerrado y lleno de pequeñas flores pintadas en la pared, y con los muebles envejecidos, entristecedores, con una apariencia de cosa humana y con vida, y, no obstante, extranamente distantes. Un gato dormía sobre un sillón, en una inmovilidad que lo hacía menos viviente que los muebles. Ignacio pensó que el cuarto era demasiado chico para dos personas. Y él a veces necesitaba soledad, soledad en ese cuarto, como ahora. Una soledad viva y presente.

Dió unos pasos más, ya no medidos, y apagó la luz. Con sólo la que venía de afuera la soledad parecía más virginal y primaria. Y antes de tirarse vestido sobre la cama, levantó, con un gesto maquinal y no obstante cuidadoso, el cobertor rojo. Quedó con los ojos fijos en el techo, inmóvil, poseído por una aguda sensación de libertad. Estaba solo, ahora. Y esa soledad, que el cuarto con la luz apagada hacía más perceptible, casi como si su soledad fuera algo físico y sólido que se pudiera asir con la mano, le producía, oscuramente y como otras veces, la sensación de que lo restituía al resto de los hombres, y que los volvía a comprender y a comprenderse, aun cuando esa comprensión le produjera un estremecimiento semejante al asco. Ana había salido a comprar pan. Y él estaba solo, ahora, enfrentándose con su soledad, en acecho, como se enfrenta, los ojos brillantes, un animal de la selva con la sombra y el misterio. Y era esa soledad, si, y no la presencia física de otros seres, lo que lo comunicaba nuevamente con los hombres. Sentía que así, tendido en la cama con los pantalones y el saco y los zapatos puestos, podía gustar esos minutos solitarios y silenciosos, y no mentir. No mentirle a los otros ni a sí mismo, a pesar de que en esos minutos veía dentro de sí, con la impresión precisa y casi asustadora de que captaba su propia imagen como reflejada en el fondo de las aguas, clarí-verdosas, de un río. Ana había ido a comprar pan. Y pensó con alegría, (y, no obstante, con una vaga y casi electrificante desazón), que pudo haber ido él. Que debió haber ido él. Porque — se dijo — el pan era para los dos. Y él la había mandado aun cuando sabía que a ella la disgustaba. Lo había hecho, no sólo por la necesidad de sentir plenamente su ausencia, sino también porque eso le daba la conciencia, llena de intenso placer, de su dominio sobre ella. Recordó el gesto de contenido disgusto con que ella había salido, y sonrió. Sin ironía. Una sonrisa maquinal con la que intentaba desplazar hacia otras cosas e ideas.

—Bien. Muy bien, —dijo en voz alta. Y entonces, el sonido de su propia voz, como si él despertara a los otros, trajo hasta la superficie misma de ese río que era él, los ruidos de la casa. Recién ahora los percibía, como si hasta entonces los otros seres no hubiesen comenzado a existir. Y los sonidos llegaban indistintos, agrupados, formando una vasta sinfonía humana y viviente, de la cual surgían, por instantes, algunas notas más precisas. En el cuarto de arriba caminaban, y el nítido gloop de los tacos anunciaban pasos de mujer. Gritaban unos niños, revolcándose por el suelo, y el ritmo exacto y aturdidor de una máquina de coser, sumándose a esos ruidos, ponía en ellos una nota casi dolorosa. En la pieza de la izquierda voces de hombre y de mujer, y risas, se mezclaban en modulaciones breves y bruscas. En el jardín se oían pasos. En otro lado, en la cocina lejana, entre-

chocaban platos. Pensó:

—Viven. Vivo. Vivimos.

Movió lentamente la cabeza. Un rayo de luna, ceñido estrictamente al aire, descendía desde lo alto de la ventana abierta, dejando junto a la cama una mancha de luz mortecina. Hizo correr su mirada desde la ventana hasta donde venía a morir el rayo de luz. El cigarrillo encendido, en la boca, le pegaba al rostro, a cada chupada, un marco difuso de luces y de sombras, que endurecían su rostro ceñido por un desbordado mechón de pelo negro y lacio. En la oscuridad, tendido todo a lo largo de la cama, su cuerpo parecía macizo y sólido. Los ojos negros le brillaban. Volvió a pensar:

—Estoy despierto y vivo.

Cerró los ojos, y los ruidos de la casa se le hicieron más conscientes: Sintió ira ante todo ese rebullir de vida que le apartaba de su soledad, y se levantó para encender la lámpara. La luz hizo nítidos los perfiles de los muebles. El cuarto pareció empequeñecerse. Se sentó, cansado, sobre una silla, y todo su cuerpo pareció ablandarse en una actitud desmañada y perezosa. Dió una chupada larga al cigarrillo, y arrojó la colilla. Quedó con los ojos fijos en sus pies, perdido en sí mismo, dejando transcurrir lentamente los minutos. La vez de Ana, que entró con el paquete de pan en la mano, lo arrancó de su oscuro no pensar en nada:

—Hace calor todavía.

Pero la expresión de su rostro no correspondía con sus palabras. Toda ella estaba detenida en otra parte, y, no



obstante, con la atención fija aquí, en el hombre sentado, con los ojos fijos en la punta de los zapatos amarillos. Con el pan en la mano, Ana tenía a la vez un aspecto imperioso y desvalido, porque lo que había de pasión tenaz en sus ojos, era contrarrestado por la figura humilde de las manos, blandas, conteniendo ante sí el paquete de papel amarillento y claro. La blusa de lana, ceñida al cuerpo, marcaba nítidas las formas firmes y erguidas del busto. Ignacio, levantando la cabeza, la miró desde debajo de los párpados casi cerrados sobre los ojos. La miró con una estudiada mirada de indiferencia. Ana sentía sobre sí, sin embargo, lo que había por debajo de esa mirada. Sin dejar el pan sobre la mesa, preguntó:

—¿Por qué habías apagado la luz? Cuando pasé frente a la puerta estaba apagada...

Ignacio no contestó. Sintió el deseo de levantarse e irse, sin contestar. ¿Qué diría ella? Y hacerlo, no tanto por lo que eso pudiera mortificar a la mujer, sino por lo que el acto tendría de humillación para sí mismo. Para encontrar la forma de su dignidad y de su orgullo, a veces, necesitaba humillarse y sentirse vencido. Y encontraba en sus derrotas, —por lo que pudiera haber de correspondencia, en forma de piedad, en los otros—, una forma de sentirse triunfador. Y convertía así su derrota en una victoria, y era la propia conciencia de su desaliento lo que le ayudaba a vivir. Pero no se movió. Abrió los ojos totalmente y dijo:

—Para estar más solo.

Ni un gesto, ni un ademán hubo en Ana que acusara el flechazo. Apoyó la mano derecha sobre la parte superior del paquete.

—Tengo que decirte algo, —dijo.

Ignacio hizo tamborilear el suelo con el pie, desganadamente.

—Empezá.

—Ahora mismo.

Calló, no obstante, unos segundos. Y en esos instantes de silencio el cuarto entero pareció estar lleno y a la vez vacío con la presencia de ambos. Como la lámpara tenía una pantalla, todo el techo quedaba oscurecido, y la luz caía sobre la mesa, desbordándose hasta el piso, en un círculo casi perfecto, con una sensación de cosa clara y refrescante. Era como el ojo de un estanque tranquilo en un paisaje mustio y nocturno. Pero un lago invertido, reflejado en un espejo, sostenido misteriosamente sobre las cabezas. Unas voces llegaban, adivinándose las personas entre los árboles del jardín, y una de ellas masculina a pesar de sus tonalidades agudas, decía sílabas precisas que, no obstante, no se podían recomponer en palabras y frases. Ana callaba, envuelta en la atmósfera del cuarto, con las espaldas ceñidas y los hombros altos reflejándose en el espejo. Callaba, porque sentía que a veces se viene con algo vivo por dentro, y por fuera, a su alrededor, todo está muerto, y las palabras no bastan para crear la vida. Y el corazón se ahoga en sus propias palabras. Miró al gato pequeño, restregándose las patas, hecho un ovillo en un rincón del cuarto, y entonces dijo:

—Voy... vamos a tener un hijo.

Cuando terminó de hablar no hizo ni un gesto ni un ademán, porque ella intuía, de un modo vago y a pesar de eso poderoso, que las emociones más profundas no encuentran el gesto que las manifieste, y quedan irremisiblemente aisladas, desvalidamente encerradas en lo más profundo del cuerpo. Nuestra pobre carne de fuera que no puede expresar lo que la carne dolorosa de adentro está sintiendo! Y los gestos parecen, entonces, vanos y vacíos, y están, no obstante, colmados de un profundo y desgarrado contenido. Ana quedó con el rostro simétrico en una expresión de contenida expectativa. Y fue sólo por la voz, que en los momentos de intensa emoción adquiría tonalidades agudas recalando las vocales, que Ignacio intuyó el trasfondo emocional de las palabras. Porque ahora, que ella hubiera querido decirle que el hijo era como una fatalidad de su carne, al no decirlo, las ayes y la ees, tomaban modulaciones que secretamente lo delataban. El vió el pequeño ademán casi inconsciente con que ella plegaba ahora el papel que envolvía el pan, mientras sus propias miradas seguían sobre el papel amarillo el juego sobrio, dúctil y ágil de los dedos. Así, de pie con el paquete en la mano, tenía un aspecto vagamente inocente y animal. Pero de una incencia portadora de una energía inquebrantable, como si toda ella se construyera a una única y potente emoción. El brillo de los ojos se velaba sobre el color mate de la tez. Y debajo del rostro, la blusa negra con apenas insinuadas líneas blancas, daba a toda su figura, detenida allí bajo la luz, un aspecto tristemente cansado. Y desde el fondo de lo que en Ignacio había de cruel y cansado, de agónico vivir, corrió, apenas velado por la dureza de los ojos que se achicaban como incididos por la luz, un sentimiento de ternura que se obstinaba por ganar la superficie de su conciencia. Ella le pareció, como otras veces, tan ferozmente infantil y desvalida, a pesar de la austeridad de su expresión, que Ignacio creyó tocar una vez más ese mundo infantil y puramente animal que había sido ella al principio. La miró, y le pareció como si un ilusorio juego de luces, le diera diversas y ágilmente cambiantes imágenes de ella. Y cada una de esas imágenes pugnaba por crecerle una nueva emoción, de raíz inverosímilmente remota e inalcanzable. Pero a pesar de esa, y como si sus labios dijeran maquinalmente algo que mentalmente rechazaba, dijo:

—Yo no lo quiero.

Y su voz golpeó en el cuerpo de ella sin encontrar eco. Perdida. Y percibió, que a pesar de las palabras y casi resonando dentro de sí como el eco de un grito lejano, se erguía en él la sombra

de una emoción lejana. Calló unos instantes, entonces, evadido en una ligera nube de recuerdo, porque sólo se manifestaba como trasunto de una emoción pesada y sin imágenes. Una noche, en una ciudad del interior, mientras caminaba por la calle de polvo reseco y reposado, en compañía de algunos amigos, buscando un boliche que vendía caña de contrabando, sintió, con una intensidad que ya nunca se repetiría, esa sensación de pureza y de absoluta confraternidad con las cosas y los hombres, que anhelaba sin lograrla. Fue poco antes de conocer a Ana. Y alcanzó, casi, esa misma sensación, cuando el primer beso, cuyo impulso tenía la total pureza de una sensualidad entregada, sana y animal. Aquella noche, sobria de estrellas altas, tenía la calidez de una gran respiración cósmica, como si un enorme pulmón del universo jadeara. Y mientras sus pies pisaban el polvo de la calle dejando huellas precisas y simétricas, se dejaba llevar, casi sin pensar en nada, por el fluir profundo y casi tierno de la noche. A ambos lados de la calle se adensaban las sombras, en un mundo oscurísimo y milagrosamente misterioso. Sólo muy de vez en cuando, un farol chorreaba sobre la noche su luz macilenta, que no llegaba al suelo, quedando como suspendida en el aire. Y en esos minutos, nítidos y vacíos, en que nada sucede porque todo lo que la vida tiene de anecdótico se pierde en la pura sensación, había sentido vivir profundamente al animal puro y sencillo que todo hombre lleva consigo. Y había intuido, en esa forma imprecisa que no llega a manifestarse en pensamiento claro y definido, que a ese animal puro, que el ritmo de una época atroz ahoga, había que darle cauce para que surgiera y era que así el hombre cumpliera con sus más altos destino. Toda esa animalidad, que era un abrazo místico y fraternal con la tierra, lo había expandido en una sensación casi pantheista, y sentía en sí el respirar profundo y humano de cada cosa. Como si el polvo de la calle, y los árboles al borde de las veredas, y las veredas mismas, y toda la honda concavidad del cielo oscurecido y vigilado de estrellas y de luna, estuvieran en él y él en ellas, pariéndose mutuamente, en una dura agonía de morir y renacer, de renacer y morir, para abrirse, cada vez, en una dimensión cósmica, grávida de preñez vital, en una multiforme personalidad, cruelísima y tierna a la vez. El cabía en cada cosa y cada cosa cabía en él. Y el mundo era como un vasto cauce maternal, donde hasta esas cosas, oscurecidas por la noche, y esos cuerpos alargados en las sombras, adquirían una oscura condición de carne tierna y recién parida, fraternal de esperanza y vida silenciosa. Se sentía como si aun latiera en el vientre maternal, y sorbiera, junto con cada honda respiración de aire nocturno, una poderosa y cálida ola de la sangre del mundo. Sus pisadas le parecían alargarse, por fuera de él y delante de sí, por la recta y larga calle, hasta más allá del polvo acostado que divisaba su vista, como si algo dentro de él buscara un límite, y colocado y erguido en ese límite, anhelara una nueva dimensión, para expandirse en ella, con la total y feroz entrega de un pecho dilatado por ansias y esperanzas. Pero fueron sólo unos minutos, casi intransitados de ideas, lejanos e imborrables, aunque borrosos, ahora, en la deslucida placa del recuerdo. Esa emoción lejana, que pugnaba por renacer, ante la presencia nítida de esa grave maternidad, se le borró como si alguien se la arrancara aun contra su propia voluntad. Y como si todo él hubiera quedado reducido a una simple y escueta voluntad para negarse, y no conociera otras ideas ni palabras, repitió:

—No. Yo no lo quiero.

Vió, entre el temblor de la luz instantáneamente oscurecida e iluminada por el vuelo de un insecto que rondaba en torno a ella, el imperceptible movimiento de los labios de Ana, como si quisiera decir algo y lo callara. Y ese pequeño movimiento le recordó, por una incomprensible asociación, lo que había sido ella, para él, al principio. Ella, era cierto, lo había atraído poderosamente. El misterio que él presentía por debajo de sus facciones adustas, y los ojos que se llenaban de pronto de

fulgores sombríos, habían despertado en él un deseo que iba más allá de la carne. Presentía en ella un mundo misterioso, y él había experimentado el deseo de penetrar esa alma seguramente honda y sensitiva. Y ese anhelo, refluendo, había hecho que él la deseara con un deseo en que la carne, y todo lo que había en él de más hondo, se mezclaran. Ella lo había querido, y se había entregado sin restricciones. Y él también, al principio. Pero lo que había de más furiosamente virgen en él, lo que aun perduraba como un ahogado vestigio, (como perdura el cuerpo del ahogado flotando sobre el agua), de su virginidad desde mucho tiempo antes y ya para siempre perdida y de su pureza animal e instintiva, luchaba por erguirse siempre, en pugna con su sensualidad que lo arrastraba, poderosa, pasionalmente desatada. Y Ana era la forma misma de su deseo. Y ahora la deseaba y la odiaba. La odiaba porque el cuerpo de ella era el espejo que reflejaba, nítidamente, lo que él hubiera deseado no mirar. Se levantó, nerviosamente, y dijo:

—No.

Y su voz fué dura y seca, porque trataba de huir de la presencia de una realidad que sabía indestructible, por medio de una negativa obsecadamente animal. Pero Ana continuaba en su perfecta inmovilidad. Y sentía que desde los dos letrados que habían salido de los labios del hombre, comenzaba nacerle hacia él una poderosa sensación de odio. Cuánto odiaba, odiaba con el feroz sentimiento de que en su odio cabía mucho amor. Y su odio y su amor concluyeron en palabras lentas, y, no obstante, alejadas de ella, como si ya no fuera a ella a quien le correspondiera decirles:

—Sí, un hijo.

Y quedó con las manos levemente temblorosas sobre el pan. Con una expresión transida y esperanzada, como si desde lo más remoto de su carne llegaran hasta sus oídos pequeños gritos, levantándose angustiosos, y ella toda entera se concentraba enardecida para

captar su sentido. Porque sabía que todo lo que hay de maternal en la naturaleza, todo lo que hay de fuerza creadora y pare con dolor y esperanza, se estaba anudando en ella en estos instantes, en una dura punta que la ceñía y la ahogaba. Quedó quieta mirándolo, casi con desprecio y con una lejana sombra de agradecimiento. Pero el hombre, inclinada la cabeza, tuvo un desgarrado jadeo en el pecho, y repitió:

—No.

Y sintió que interiormente se llenaba de injurias para ella, como otras veces, porque esas injurias eran una forma de su deseo y de su odio. La miró y pensó la palabra más precisa y denigrante: Puta. Y volvió a repetir, casi sin conciencia de ello, para sí mismo:

—No. Hembra puta.

Desde que vivía con ella en esa pieza lo hacía. Y todas las palabras tomaban en lo más hondo de sí mismo, cuando aun no salían de sus labios, un sentido preciso pero unívoco y personal. Palabras para sí, para encerrarse a solas consigo mismo y aislarse de los otros. Palabras que no comunicaban sino que separaban. Cada noche, en tanto que ella, sentada junto a la mesa, cosía o leía el diario o escuchaba la música de la radio, él paseaba, cabizbajo, de un extremo a otro de la pieza, variando el ritmo de la marcha en cada paseo. Y contaba el número de pasos, mientras la miraba, de vez en vez, de soslayo. Entonces, cuando el número de pasos era par, él buscaba interiormente para ella, el adjetivo limpio y claro y hermoso que él sólo comprendía. Y si era impar, los que suscitaban en él las imágenes más soeces y denigrantes. Y todo lo que en él había de deseo y de odio, confabulándose y expresándose en esa mezcla de limpieza y suciedad, lo llevaban hasta un paroxismo de contradictorios deseos. Y ahora, frente a ella, todos esos adjetivos se agrupaban en su interior y pugnaban por salir. Quería herirla. Pero sólo volvió a repetir:

—No lo quiero. No. No lo quiero.

Y levantó los ojos. La mujer, duplicada su silueta por la sombra de su cuerpo pintándose en la pared, estaba detenida frente a él, ahora, como si una mano poderosa la atrapara, impidiéndole avanzar o retroceder. Lo miraba desde su inmovilidad, casi sin escuchar sus últimas palabras; lo miraba con una mirada de absoluto desconcierto. Y en esos mismos momentos, mientras fijaba sus miradas con avidez en las formas nítidas y llenas de las caderas y en los senos levemente abultados y erguidos, Ignacio sentía, casi con una sensación de asco, que todo él estaba duplicado, como la mujer y su sombra, en dos diversas olas de emociones. Y cada una de ellas pugnaba por ganar la superficie de su conciencia, y, haciéndose presente, rechazar a la otra. Vivía, entonces, la agonía de esos minutos, hechos de angustia y desesperación, con un pertinaz esfuerzo que le endurecía los músculos del rostro. Trataba de concentrar su emoción en esas manos blandas y vivas que aun sostenían el pan; pero sus miradas corrían inconscientemente, por el busto y las caderas de la mujer, evidentes con toda su presencia turbadora. Porque en el fondo de sí mismo, Ignacio sabía que valorizaba a la mujer en la medida en que ella era capaz de suscitar el goce. En cuanto a su capacidad física de proporcionarle placer. Pero sabía que, y quizás por eso mismo, deseaba, sin lograrlo casi nunca, sentirse ligado a ella por vínculos hondos de fraternidad, para juzgarla, partiendo desde lo profundo de una raíz más humana, no como hembra sino como persona. Y ahora, junto a la aversión, casi al asco, se apoderaba de él un intenso deseo, un ansia de acariciarla, de transportarse a ella mordiéndola rabiosamente, para hundirse en ella y alejarse de sí mismo.

—Vení.

Vió que las manos dejaban el pan sobre la mesa, con un leve temblor, casi pálidas y como transparentes. Se acercó lentamente, sin escuchar sus propios pasos, mientras la noche se hacía honda detrás de la ventana, y otros

oídos, no los suyos, escuchaban el ladrido de un perro lejano.

—Tú me mentiste, —dijo. —Me mentiste.

Y supo, no obstante, que era él quien mentía, tratando obsesivamente de alejar su angustia, a pesar de que el engaño no podía destruir la realidad sorda y viviente. Y se sintió como si estuviera hundido en la oscuridad, en tanto que ella resplandecía iluminada por la viva luz.

—Yo no quiero un hijo, y tú lo sabes, —dijo. —Lo mataremos antes de nacer.

Ana retrocedió un paso, y detuvo, con el brazo estirado, tocando apenas con el dedo el pecho que se enfrentaba a ella, el avance tembloroso del hombre. Pero su rostro no traicionaba sus emociones, sino tan sólo por una oscura palidez, mortuoria, que le daba una expresión honda y casi mulata. Ignacio la miró febril e inmovilizado. Y ella lo veía allí, en el centro de la pieza, el centro del universo en ese instante, mientras que, poseída por una profunda sensación de desvanecimiento apretándose el estómago, le parecía que las paredes del cuarto comenzaban a achicarse, a hacerse pequeñas sobre ella, como dientes de una boca que se cierra. Oyó apenas la voz del hombre, apagada e interrogante, llegando desde una lejanía:

—¿Qué te pasa?

Sin un quejido, debilitada en una sensación carnal casi de ensueño, como si su carne soñara cosas que su conciencia no comprendiera, se sentó sobre la cama. Ignacio, a dos metros frente a ella, quedó angustiado y expectante. Las paredes se achicaban y agrandaban, batiendo palmas. Palmas alucinantes de un gigante monstruoso. Y Ana vió que, ya en el último instante de nebulosa conciencia, por detrás del hombre, la sombra del hombre inclinaba la cabeza.

ARTURO SERGIO VISCA

(Fragmento de la novela "Estos son pasos que se pierden en la noche").